

Juan Rulfo

Las mañas de una biógrafa

Jorge Zepeda

No es la primera ni será la última ocasión en que alguien aplica a Juan Rulfo la famosa fábula de Augusto Monterroso sobre la astucia del zorro. Aunque hacerlo explica prodigiosamente para muchos la actitud de Rulfo en cuanto se refiere al supuesto “silencio” que sobrevino tras la publicación de *Pedro Páramo*, el libro de Reina Roffé, *Juan Rulfo: las mañas del zorro* (Espasa, Madrid, 2003, 301 pp.) no parece profundizar demasiado en su tema de estudio. Sin duda habrá quienes creen que el escritor guatemalteco escribió el texto —cuyo prestigio pretende capitalizar Roffé— pensando en Rulfo, y tal vez no se equivoquen. Quienes sí están demasiado lejos de acertar son aquellos que consideran que una conducta humana puede ser fácilmente englobada en un título que, además de aprovechar la amplia circulación de un mito, pierde toda imparcialidad al caracterizar al personaje cuya biografía se emprende al reducir su persona a uno solo de muchos rasgos. Quizá sea momento de que la crítica admita que no puede validarse ningún intento de lucrar con la personalidad de Rulfo; y no se trata de sacralizar al escritor, sino de pasar a otras esferas de discusión, si es que el interés en él y en su obra es genuino e implica la intención de examinar aquello que sí puede tener referentes muy concretos (como sus fotografías y textos literarios) y no las anécdotas, invenciones o leyendas que pueden sazonar muy bien una plática de café, pero no aportan nada sustancial en un balance riguroso.

El título, primer acceso a un libro, muestra la postura con que el autor desea acercarse al tema elegido. En el caso de Reina Roffé, obviamente existe una apuesta por el prestigio que da la referencia (ya más bien de gusto dudoso) al mito del silencio rulfiano. Sin embargo, habría que conceder que esta estrategia para captar el interés del lector adolece de la tendencia a explicar hechos concretos —como son en este caso la obra de Rulfo y su vida—, mediante una selección de actitudes, circunstancias y situaciones que no son asimilables al molde literario. Es muy fácil imponer etiquetas contundentes, pues allanan en verdad la comunicación entre ciertos interesados en Juan Rulfo. El problema aquí es que la autora hace caso omiso del margen de validez que tiene la efectividad del texto de Monterroso e intenta, basada en él, justificar su postura ante la vida del escritor. Es un caso similar al que ha perpetuado, desde finales de los cincuenta y principios de los sesenta, la designación de “realismo mágico” para obras tan dispares como *Cien años de soledad* y *Pedro*

Páramo. Sobreviene así la renuncia tácita a analizar y examinar, a leer con verdadero afán de discernir y, en consecuencia, la predisposición a avalar el efecto que consigue una etiqueta oportuna en el momento adecuado.

Esta actitud se refleja en la escritura del libro de Roffé. Después de admitir que la documentación del caso indica que el autor nació en Sayula, en 1917, la periodista insiste en dedicarle el primer capítulo a una repetición bizantina de las obviedades del caso: Apulco, San Gabriel, 1918. Las contradicciones de Rulfo existieron, en efecto. Pero Roffé toma el consabido camino de los mitos reiterados hasta la saciedad, y pretende, con ellos, armar una biografía que nunca es coherente ni consistente. Para ello basta observar que su índice, a primera vista dispuesto en secuencia cronológica, pierde con frecuencia el hilo de la discusión, ya en cada capítulo, en un relleno de lugares comunes que rescata, por ejemplo, las afirmaciones de Juan José Arreola sobre su pretendido “auxilio” a Rulfo para dar forma definitiva a la novela *Pedro Páramo*. Aunque a los fervientes de Arreola no les agrade que se desmienta oportunamente ese referido, no



Juan Rulfo

deja de ser necesario que en el plano de los especialistas (tan satanizados) se ponga a revisión una conseja como ésta. No hay ningún problema en que se repita tal versión; lo lamentable es que llega a colarse incluso en libros y tesis universitarias, áreas donde es claramente inadmisibles, pues demuestra que el enfoque anecdótico de la literatura sigue presente en las conciencias de quienes conciben a la crítica informada como la mirada de Medusa. Petrificadas y marmóreas son más bien afirmaciones como las que hace Roffé, siguiendo a declarantes como Antonio Alatorre, cuando el filólogo testifica que la fantasía urdida por Arreola es fidedigna. Aún más divertido (ya tomando el tema con filosofía) es que, al recordar que Rulfo siempre negó haber leído la obra de William Faulkner, Roffé no se haya tomado la molestia de revisar la que bien podría ser la primera entrevista concedida por Rulfo a periodista alguno: la que Elena Poniatowska publicó en el diario *Excelsior* a inicios de 1954 (15 de enero). Allí, Rulfo enumera entre varios autores contemporáneos a Faulkner y, además, recalca que, a pesar de haberse enriquecido con ellos, lo más importante, para él, es recuperar la espontaneidad de la conversación entre personas comunes y corrientes; esa, convenientemente deformada, es también otra leyenda, pero es otra la historia y las consecuencias que derivan de ella.

Sorprende, también, que hasta el momento persista la actitud de recriminar a Rulfo este gesto de “soberbia” intelectual (como ha llegado a calificarla Alatorre), sin tomar en cuenta las razones que tuvo para proceder así. En concreto, si se revisa con calma la tesis que James East Irby presentó en 1957 para obtener la maestría en letras lspanólas en la Escuela de Verano (hoy Centro de Enseñanza para Extranjeros) de la Universidad Nacional Autónoma de México, puede muy bien percibirse que el juicio sumario del norteamericano es negativo para los cuatro escritores analizados. Tanto Lino Novás Calvo como Juan Carlos Onetti, José Revueltas y Juan Rulfo han sido capaces de asimilar las propuestas técnicas de Faulkner, pero son inferiores a él por cuanto su visión del mundo carece del sustento moral que caracteriza la narrativa del premio Nobel norteamericano. Esta muestra de juicios *ad hominem* se perpetúa, no obstante, en las recriminaciones que a lo largo de los años ha recibido Rulfo por negar, a partir de ese momento, la “influencia” de Faulkner en su literatura. Es extraño que los gustadores de la anécdota no recuerden con más frecuencia y justicia que, en la segunda entrevista con Poniatowska (*México en la Cultura*, 14 de diciembre de 1958), Rulfo se queja directamente del juicio moralizador de Irby. Aquí es donde Roffé tuvo la oportunidad de mostrar ciertos detalles que rebasan lo anecdótico y son tanto o más dignos de figurar en una charla de café que las posturas no siempre diáfanos de sus fuentes.

La única sección que ofrece cierta consistencia es la dedicada a la relación del escritor con Clara Aparicio, pero ello no debe sorprendernos puesto que la fuente de Roffé ha sido la recopilación de las cartas de Rulfo enviadas a su entonces prometida, misma que Alberto Vital editó para su publicación por Plaza y Janés. Aun en este capítulo, el lector se encontrará con una serie de comentarios que pretenden mostrar el lado humano de Rulfo y sólo conseguirán convencerlo de la profunda cursilería de Roffé, cuyas inferencias y juicios psicologizantes distan de configurar, por sí mismos, la imagen definitiva que predica la cuarta de forros del volumen.

Arrogarse la facultad de descubrir el aspecto más humano de todo personaje es aventurarse sin prestar atención a los límites que cualquier persona construye entre su esfera privada y su esfera pública. Roffé no exhibe documentación primaria, sino referencias secundarias y sin discernir una jerarquización de dichas fuentes, lo cual equivale al mero resumen de versiones encontradas. Cuando aventura hipótesis lo hace siempre con perjuicio del género biografía, pues en toda vida hay “vacíos de información”, imposibles de cubrir, y siempre susceptibles de proporcionar huecos vulnerables al cotilleo de quienes, infructuosamente, intentan salvarlos con la enumeración superficial de elementos existentes a su alrededor antes que con la admisión honesta de su existencia.

En cuanto a la acuciosidad de la investigación,

deja mucho que pensar uno de los errores más evidentes en el libro. Roffé cita por lo menos en cuatro ocasiones (páginas 76, 77, 141, 158 y la ficha en la bibliografía, p. 290) la entrevista que Ernesto Parra publicó en *El Viejo Topo* en 1979. Lo alarmante es que lo hace a través de la antología que la revista *Quimera* preparó en 1990 para recordar la calidad y los esfuerzos de la anteriormente dicha, pero la data en 1980, con lo que muestra un claro descuido, producto de la confusión entre referencias. Ambas pueden consultarse sin mayor problema en México, lo que para una periodista que reside en Madrid hubiera sido mucho muy sencillo.

Contando con el precedente de su libro *Juan Rulfo: autobiografía armada* (Corregidor, Buenos Aires, 1973), tal vez Reina Roffé buscaba ahora dar sistematicidad a su intento previo de construir un panorama de la vida de Rulfo. Sin embargo,

las fuentes y las anécdotas a que recurre la autora son, en el mejor de los casos, muestra de la imaginería pintoresca que goza de prestigio y efectividad entre los nostálgicos de la crítica literaria que pretendía, antes del formalismo ruso, fundar todo juicio con respecto a la obra de un autor en las circunstancias biográficas más sobresalientes de que pudiera hacer acopio. Tal rasgo de romanticismo tardío resulta ya impensable a principios de este siglo, pero demuestra que la especie humana jamás podrá despojarse de atavismos.

Y para que no se me acuse de exorcista de anécdotas, finalizo esta reseña recordando el fallido intento de Reina Roffé de entrevistarse con Rulfo antes de la publicación del volumen aludido. Cuenta Edmundo Valadés, amigo verdaderamente cercano a Rulfo y extrañamente hecho a un lado como fuente por la autora,

que estando de viaje coincidió con Rulfo en Buenos Aires y lo invitó a conversar en su cuarto de hotel, lugar al que la periodista llegó a buscar a Rulfo; el escritor jalisciense pidió a Valadés que se encargara de alejarla, excusándolo por un malestar. Hoy, con este libro en las manos, podemos saber la razón de su reticencia ante quienes lo perseguían para obtener una exclusiva. ■

Jorge Zepeda es estudiante del Programa de Doctorado en Literatura Hispánica (Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, Del Colegio de México). Colabora como columnista de temas literarios en *Opción: Revista del Alumnado del IYDP*, y prepara para su publicación “Síntesis conflictiva: la recepción inicial de Pedro Páramo (1955-1963)”, tesis con la que obtuvo en septiembre de 2002 el título de licenciado en lengua y literaturas hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la XQDP.